

APROXIMACION BIBLIOGRAFICA AL MUNDO DE LA TAUROMAQUIA

Alberto González Troyano

Fundación de Estudios Taurinos



La fiesta de los toros, paralelamente a su propio desarrollo como espectáculo, ha prodigado también una amplia gama de documentos literarios en los que historiadores, cronistas, revisteros, ensayistas, profesionales del toreo y aficionados han pretendido recopilar datos, explicar el porqué de la fiesta, defenderla, denigrarla. La poesía, la novela, el teatro han recurrido igualmente al mundo de los toros como fuentes temáticas o como atmósfera propicia para sus intrigas. Todo ello ha constituido una extensa y variada serie de libros que casi desde los inicios de la lengua castellana atestiguan la implicación de la tauromaquia con el mundo de la cultura impresa.

* * *

Ante la dispersión que significaba tanto libro repartido a lo largo de cinco o más siglos, con enfoques o intenciones tan distintas se imponía la necesidad de una cierta sistematización o cuando menos de inventariar el repertorio de títulos más significativos. Y este cometido fue emprendido por algunos investigadores que aunaban el interés por la temática taurina y el conocimiento de una cierta mecánica bibliográfica. Así, hacia

finales del siglo XIX puede destacarse la figura de Luis Car-
 mena y Millán, que en 1883 publica en Madrid una *Bibliogra-
 fía de la Tauromaquia*, en la que ya consigna 342 títulos de
 obras específicamente taurinas, excluyendo aquellas en las que
 sólo parcialmente figura alguna faceta de la tauromaquia
 (Fig. n.º 70). El mismo Carmena y Millán da a la imprenta en

BIBLIOGRAFÍA
 DE LA
TAUROMÁQUIA
 POR
 LUIS CARMENA Y MILLAN.



MADRID
 LIBRERÍAS DE
FERNANDO FÉ, **GUTTENBERG,**
 Carrera de San Jerónimo, 4. Príncipe, 14.
1883.

Fig. n.º 70.—Portada de la “Bibliografía de la Tauromaquia” (Cármena y Millán, 1883)

1888 un apéndice a su obra anterior titulado *Tauromaquia. Apuntes bibliográficos*, en el que se suman 334 nuevas referencias a las existentes en el repertorio anterior. Desbrozado, por tanto, un cierto terreno por estos dos volúmenes, pudo años más tarde otro bibliófilo recomponer la información existente y publicar en cuidada edición *Libros y folletos de toros. Bi-*

bliografía taurina (Madrid, 1931)(Fig. n.º 71). Se debía a las indagaciones de Graciano Díaz Arquer y en el volumen se inventariaban 2.077 títulos. A la belleza tipográfica se unía una gran utilidad, porque Díaz Arquer, a la mera recopilación alfabética, había unido breves, però pertinentes, comentarios des-



Fig. nº 71.—Portada de "Libros y Folletos de toros" (Díaz Arquer, 1931).

criptivos, y además en una serie de páginas temáticas se clasificaban los títulos en función de su materia y de su género.

A la vista de su propia biblioteca, Antonio Urquijo de Federico decidió levantar acta de sus fondos, que alcanzaban la numeración de 3.016 títulos. Se publicó en Madrid en 1956 como *Catálogo de la Biblioteca Taurina de Antonio Urquijo de Federico*, y el aumento cuantitativo se debe no sólo a que la investigación había permitido nuevos hallazgos y a que con los años se incrementaba la producción, sino también a que se

dieron entrada en la catalogación a obras con un contenido sólo en parte taurino. Coincidiendo con una exposición de tema taurino la Biblioteca Nacional, en su colección Panoramas Bibliográficos de España, editó en 1973, *La Fiesta Nacional (Ensayo de bibliografía taurina)*, con 16 apartados en los que se procuró distribuir los 4.228 volúmenes consignados (Fig. n.º 72).



Fig. n.º 72.—Portada del Catálogo de la Biblioteca Nacional (Apud.: Guastavino, 1973).

* * *

Capítulo transcendental en la historia de la tauromaquia ha sido el de las preceptivas y tratados técnicos. Una vez que se institucionaliza el toreo caballeresco, algunos nobles escriben una serie de “cartillas” en las que regulan los principios a

que debe atenerse la lidia. Gran parte del ritual y del léxico del que ha quedado impregnado el mundo de los toros procede de aquellos primeros intentos de formalización. Dado que, en muchos casos, los escritos específicamente taurinos no estaban muy diferenciados de otros juegos de la nobleza, como

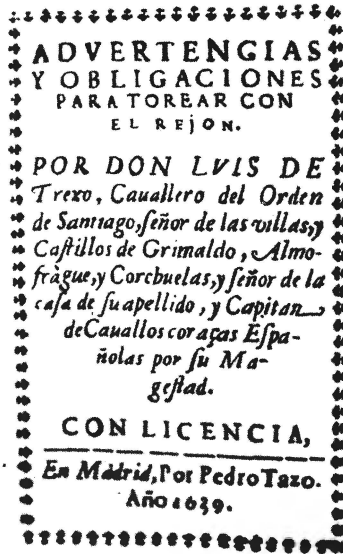


Fig. nº 73.—Portada de las “Advertencias para torear” de don Luis de Trexo (Apuđ.: Cossío, 969: II, 14).

los de sortija o de cañas, el recurso a ellos es necesario para conocer los orígenes de la fiesta. Diversas sociedades de bibliófilos han recuperado gran parte de esos textos tales como el *Discurso de la caballería del torear* de Pedro Mesía de la Cerda, publicado en 1653 y reimpresso por la Editorial Lux (Barcelona, 1827); las *Advertencias y obligaciones para torear con el rejón* de Luis de Trexo, publicadas en 1639 (Fig. n.º 73)

y reeditadas en la Colección Abanamar (Bilbao, 1951); el *Tratado de la brida y gineta y de las caballerías* de Diego Ramírez de Haro, inédito hasta su edición por la Unión de Bibliófilos Taurinos (Madrid, 1961), o las *Advertencias para torear*, de Juan Núñez de Villavicencio, que también habían permanecido inéditas y conocieron su primera impresión en la misma Unión de Bibliófilos Taurinos (Madrid, 1965). La labor a este respecto realizada por la citada sociedad es encomiable y constituye con sus reimpresiones, facsímiles, prólogos y gacetillas un punto de referencia de extrema solvencia y garantía bibliográfica.

* * *

Lo que se ha llamado el toreo moderno, es decir, el protagonizado por los lidiadores de a pie, que sustituyen desde el siglo XVIII a la nobleza en la ejecución de las suertes, contó pronto con algunos tratadistas que trasladaron al papel las nuevas experiencias del toreo plebeyo. A la par que se transmiten conocimientos y consejos se postula un orden, un ceremonial y una jerarquización que tiende a mantener la fiesta regulada y a desterrar las improvisaciones que se han enseñoreado de ella después que las plazas fueron abandonadas por la nobleza. José de Daza prepara los primeros escritos que enlazan el mundo del toreo caballeresco con el de a pie. Su obra, que data de 1778, permaneció inédita, hasta que la Unión de Bibliófilos Taurinos la publica en parte con el título de *Arte del toreo* (Madrid, 1959) abreviación del original que, como el propio estilo del autor, resulta de sorprendente rareza. Hacia finales de siglo, la lidia y la ejecución de las suertes ya aparecen en gran parte fijadas, y bajo el nombre de un gran diestro, José Delgado *Pepe-Hillo*, se publican en Cádiz, en 1796, en forma de una *Tauromaquia o Arte de torear*, obra destinada a alcan-

zar una significativa resonancia (Fig. n.º 37). Posiblemente, el papel de *Pepe-Hillo* debió consistir en traspasar su experiencia como lidiador al poder de conceptualización de un escritor y aficionado como José de la Tixera a quien se atribuye la paternidad literaria de la obra. Sucesivas ediciones reflejan la audiencia alcanzada por la preceptiva, y así, en 1804, una nueva edición en Madrid se ve completada con una serie de grabados que ilustran las diversas suertes reseñadas. Un facsímil de esta segunda edición ha sido publicado por Ediciones Turner (Madrid, 1978), mientras que la Editorial Aguilar, en su colección "Crisol" (Madrid, 1971), recuperó el texto de la primera edición, tarea realizada también por Ediciones Turner (Madrid, 1982), esta vez en una colección económicamente más asequible.

Cuarenta años más tarde, Francisco Montes *Paquiro*, que va a configurar la imagen romántica del torero largo y completo, se siente también tentado de traspasar a la escritura su concepción de la lidia, y apoyándose quizá en otro hombre de letras, Santos López Pelegrín *Abenamar*, da a la imprenta su *Tauromaquia completa* (Madrid, 1836) (Fig. n.º 39), que pasó a convertirse en el texto canónico por excelencia y por tanto expuesto a manipulaciones, añadidos y recortes, de tal forma que apenas se reedita respetando su contenido original y el "discurso histórico-apologético" que la precedía hasta la reciente publicación realizada por Ediciones Turner (Madrid, 1983) y prologada, como la anterior de la misma editorial, por Alberto González Troyano.

Posteriormente, distintos diestros han pretendido reiterar ese mismo esfuerzo de preceptistas, pero el valor simbólico conseguido por las dos primeras *Tauromaquias* del toreo a pie no ha sido desplazado. Intentos como el de *Guerrita* se inscriben más bien en un empeño de patrocinio bajo su nombre de una labor colectiva como la que representan los dos volúmenes de la *Tauromaquia* a él atribuida (Madrid, 1896). En tiem-

pos más recientes, un torero atento al mundo de la cultura, Domingo Ortega, imprimió su concepción de *El Arte del toreo* (Madrid, Revista de Occidente, 1950), en un volumen que fue editado con un "anejo" de Ortega y Gasset.

* * *

Peró, indudablemente, un tema tan polémico, con un origen tan expuesto a las interpretaciones más dispares y con una evolución que ha despertado tanto apasionamiento, es la labor de investigación histórica y de sistematización de esos conocimientos la que cuenta con una mayor aportación bibliográfica. Ya Nicolás Fernández de Moratín recibe el encargo de redactar, en 1776 una *Carta histórica sobre el origen y el progreso de las Fiestas de toros en España* (Fig. n.º 74), y otro importante ilustrado, José Vargas Ponce, escribe, en 1807, con criterio negativo una *Disertación sobre las corridas de toros*, que ha merecido una reimpresión por parte de la Real Academia de la Historia, en su colección Archivo Documental Español (Madrid, 1961). Pero es hacia finales del siglo XIX cuando se consolidan las indagaciones hasta entonces dispersas y se publican una serie de obras cuyo papel modélico puede trascender el mundo de la tauromaquia y desbordarse en conocimientos extensibles a otros campos de la cultura hispánica. Así, *El Espectáculo más nacional*, del conde de las Navas (Madrid, 1899) reúne rigor y esmero tipográfico con fortuna pocas veces igualada en la historia de la edición española. Otro tanto puede decirse de *Un triste capeo*, del doctor Thebussem (pseudónimo de Mariano Pardo de Figueroa) (Madrid, 1892). Labor no menos encomiable que la de sus ya citadas *Bibliografías* es la mostrada por Carmena y Millán en *Lances de capa* (Madrid, 1900). Complementa también este momento de plenitud de la

investigación taurina Pascual Millán con su obra, entre otras, *La escuela de tauromaquia de Sevilla* (Madrid, 1888). Sobre estas bases pudieron ya asentarse otras obras globales posteriores como *Fiestas de toros. Bosquejo histórico*, del marqués de San Juan de Piedras Albas (Madrid, 1927), o ciertas historias

CARTA HISTORICA
SOBRE EL ORIGEN
Y PROGRESOS
DE LAS FIESTAS
DE TOROS
EN ESPAÑA.

POR D. NICOLAS FERNANDEZ
de Moratín.



CON LICENCIA, EN MADRID:

En la Imprenta de PANTALEON AZNAR,
Carrera de San Geronymo.
Año 1777.

Se hallará, con las demás Obras del Autor.

Fig. nº 74.—La “Carta Histórica” dirigida al príncipe de Pignatelli (Apud.: Fernández de Moratín, 1776: portada).

locales como los *Anales de la Real Plaza de Toros de Sevilla*, del marqués de Tablantes (Sevilla, 1917) (Fig. n.º 75) o *Sevilla en la historia del toreo*, de Toro Buiza (Sevilla, 1947) (Fig. n.º 76). Conviene en esta línea también resaltar la aportación que como obra de síntesis representa la *Historia del to-*

reo, de Néstor Luján (Barcelona, Destino, 1.^a edición, 1954 que ha sido reeditada en este mismo año de 1993): por su tono asquible, por su sentido de la divulgación sin implicar fáciles condescendencias y por su forma de poner en relación el toreo con el contexto histórico y cultural en que surge es quizá una de las obras que posibilitan una mejor iniciación al mundo de la tauromaquia.



Fig. nº 75.—“Anales” del marqués de Tablantes (Apud.: Rojas Solís, 1917: sobrecubierta).

* * *

Otra dimensión colindante con la anterior es la manifestada por los intentos de recopilación de datos, de análisis de las distintas suertes de la lidia, de interpretación del papel ju-

gado por los distintos diestros. Inicia esta fase de sistematización Fernando García de Bedoya con su *Historia del toreo y de las principales ganaderías de España* (Madrid, 1850) continuada por José Velázquez y Sánchez con sus *Anales del toreo* (Sevilla, 1868). Pero quien asumiría el papel de autor clásico



Fig. nº 76.—“Sevilla en la Historia del Toreo” (Apud.: Toro, 1947: sobrecubierta).

de referencia y consulta fue José Sánchez Neira con *El Toreo. Gran Diccionario Taurómico* (Madrid, 1879), obra que a pesar de sus desigualdades mantuvo una cierta autoridad hasta que José María de Cossío emprende en 1943 la publicación de la ambiciosa empresa que titula *Los toros. Tratado técnico e histórico* (Madrid, Espasa-Calpe). La amplia cultura de Cossío que, aunque está vinculado con firmes amistades al mundo de

los toros, procede del campo de la investigación literaria, y el recurso que hace a los especialistas más dotados para el análisis de ciertos apartados (por ejemplo, Lafuente Ferrari, para "*Los toros en las artes plásticas*") convierten pronto los distintos tomos de la obra en referencia obligada para una amplia gama de lectores, desde el profesional al estudioso. Cuatro tomos (desde 1943 hasta 1961) se publicaron bajo la dirección de José María de Cossío y en ellos se inventariaban los cometidos e incidencias del amplio espectro del mundo de la tauromaquia. La buena acogida de la obra animó a los editores a una nueva ampliación, esta vez bajo la dirección de Antonio Díaz-Cañabate, publicándose los tomos V (1980), VI (1981) y VII (1982). En la actualidad son ya once los tomos que han visto la luz. Una pretensión también enciclopédica manifestaba el volumen *La Fiesta Nacional* dirigido por Antonio Fernández Martín y publicado en Barcelona en 1951. Dentro de una tónica similar pueden inscribirse los tres tomos de *Los toros en España* (Madrid, Orel, 1969), dirigidos por Carlos Orellana. Estimulada por el éxito y la audiencia alcanzada por la obra de Cossío, la misma editorial, Espasa-Calpe, ha situado en el mercado una colección *La Tauromaquia* —dedicada preferentemente a cuestiones de actualidad— que ya ha rebasado la cincuentena de títulos.

* * *

Las revistas taurinas —algunas de ellas, como *La Lidia*, de reconocido prestigio tanto literario como tipográfico— posibilitaron el aprendizaje de toda una serie de críticos y periodistas que pasaron también al libro sus impresiones, teorías y comentarios. Algunos de ellos trascienden la mera labor informativa o anecdótica y publican libros cuyo interés, por uno u

otro aspecto, perdura como *El arte de ver los toros* (Barcelona, s. a.) y *A los cuarenta y tantos años de ver toros* (Barcelona, 1925), escrito por *Uno al sesgo*; de *Pitón a pitón* (Madrid, 1891), obra de *Sobaquillo* (seudónimo del periodista Mariano de Cavia), o *Lagartijo, Frascuelo y su tiempo* (Madrid, 1887) de Antonio Peña y Goñi. A un periodista, Manuel Chaves Nogales, se debe una de las obras más logradas por su lucidez en el análisis y reconstrucción de una tipología taurina: *Juan Belmonte, matador de toros* (Madrid, 1935; reeditado en Madrid, Alianza, 1969 y publicada, en 1992, en una edición facsimilar por el Ayuntamiento de Coria del Río —Sevilla— con la colaboración de la Fundación de Estudios Taurinos). La audiencia conseguida por Gregorio Corrochano con sus crónicas periodísticas se proyectó también en sus libros más reflexivos como *¿Qué es torear?* (Madrid, Revista de Occidente, 1956), *Teoría de las corridas de toros* (Madrid, Revista de Occidente, 1962) y *Cuando suena el clarín* (Madrid, Alianza, 1966). La misma veta de escritor costumbrista que manifestaban sus artículos y reseñas puede encontrarse en los libros de Antonio Díaz-Cañabate *La fábula de Domingo Ortega* (Madrid, 1950) o *Paseillo por el planeta de los toros* (Barcelona, Salvat, 1970). Las crónicas de Félix Borrell (*F. Bleu*), que fueron recopiladas en 1914 bajo el título de *Antes y después del Guerra*, pueden ser de nuevo valoradas, con todo su sabor de época, en reciente reedición (Madrid, Espasa-Calpe, 1983). Guillermo Sureda ha reunido también en diversos volúmenes —*Ensayos taurinos* (Palma de Mallorca, 1952), *Tauromagia* (Madrid, Espasa-Calpe, 1978)— sus impresiones como crítico sostenidas con exigentes análisis sobre la evolución de la lidia. En 1989, en Madrid, vio la luz una nueva revista cultural taurina bajo la dirección de Dam Harlap, *Taurología*, de gran interés e ilustrada con mucho cuidado que logró incluir artículos de los escritores taurinos de mayor prestigio habiendo, por el momento, publicado seis números.

Muchos diestros, una vez distanciados de la lidia como profesionales, han evocado los lances más significativos de su pasado taurino. Existe una gran tradición de memorias de este género. En los últimos años esa aventura literaria ha tentado a dos nombres que a su propia experiencia unían la del entorno familiar en que se habían formado: Pepe Dominguín con *Mi gente* (Madrid, Piesa, 1979) y Rafael Ortega "Gallito" con *Mi paso por el toreo* (Madrid, Alce, 1979).

La situación de los toros en los momentos históricamente más conflictivos no ha dejado de interesar a los investigadores: por ejemplo, una de las mejores muestras de erudición y rigor de la historia de la tauromaquia tiene como motivo *Los toros de Bonaparte* (Madrid, 1903) de Higinio Ciria Nasarre. La guerra civil de 1936 también ha sido fuente para las indagaciones de Julio de Urrutia en *Los toros en la guerra española* (Madrid, Editora Nacional, 1974) y de Demetrio Gutiérrez Alarcón en *Los toros de la guerra y del franquismo* (Barcelona, Caralt, 1978).

El mundo del toro de lidia y de la ganadería ha contado siempre con una bibliografía más especializada y reservada en todo lo que no concierne al comportamiento del toro en la plaza. Entre los intentos de divulgación que han contado con mejor acogida figuran tanto las obras de Areva, *Orígenes e historial de las ganaderías bravas* (Madrid, 1949) y *El toro. Orígenes y castas, crianza y lidia* (Madrid, 1954), como las de Cesáreo Sanz Egaña, *Historia y bravura del toro de lidia* (Madrid, Espasa-Calpe, 1958).

Las fiestas de los toros, por sus connotaciones sociales, simbólicas y estéticas, han provocado múltiples análisis y referencias por parte de personalidades del mundo de las letras y de la cultura. Detractores y partidarios, ilustrados y regeneracionistas, han abordado la tauromaquia desde sus distintas perspectivas. Las polémicas y las interpretaciones pueden rastrearse, hacia atrás, desde el siglo XV, adquiriendo mayor complejidad

en el siglo XVIII, pero ha sido sobre todo en el XX cuando la tauromaquia se ha convertido en pretexto para múltiples disquisiciones, como muestra la obra de Rosario Cambria *Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX* (Madrid, 1974). Las consideraciones de Ortega y Gasset recopiladas en

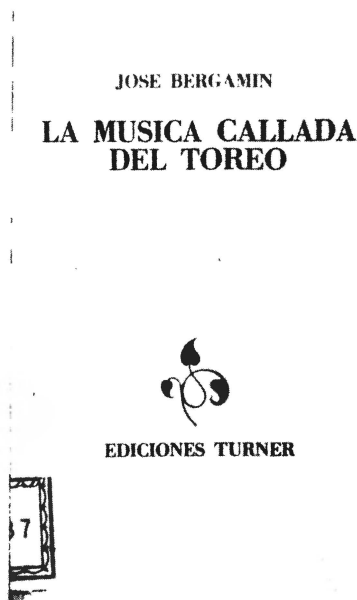


Fig. nº 77.—Portada de “La Música callada” (Bergamín, 1981).

el volumen *La caza y los toros* (Madrid, Revista de Occidente, 1960), de Pérez de Ayala contenidas en *Política y toros* (Madrid, Aguilar, *Obras Completas*, III, 1963) y de José Bergamín repartidas en sus libros *Ilustración y defensa del toreo* (Málaga, Litoral, 1974), que comprende *El arte de birlibirloque*, *La estatua de Don Tancredo* y *El mundo por montera* y una de sus últimas producciones *La música callada del toreo* (Madrid, Turner, 1981) (Fig. n.º 77), constituyen los testimo-

nios más relevantes de estas actitudes. Por parte de algunos autores se ha tendido a correlacionar la fiesta de los toros con un cierto pasado ancestral hispánico, como supone el poeta Fernando Villalón en *Taurofilia racial* (Madrid, Aramo, 1956), o bien a analizar la tauromaquia desde una perspectiva antropológica, resaltando su conexión con ciertos hábitos y costumbres tradicionales, tal como plantea Angel Alvarez Miranda en *Ritos y juegos del toro* (Madrid, Taurus, 1962), tendencia en la que también han incidido diversos trabajos de Julio Caro Baroja, Julien Pitt-Rivers, y queda manifiesta en el valioso libro de Manuel Delgado Ruiz *De la muerte de un Dios* (Barcelona, Nexos, 1986).

* * *

En los últimos años, latente esa misma preocupación por dilucidar ciertos aspectos de la tauromaquia, algunos jóvenes intelectuales españoles se han aproximado al mundo de los toros desde sus respectivas especialidades, y así han surgido brillantes ensayos como los contenidos en el volumen *Sevilla y la fiesta de toros* (Sevilla, Publicaciones del Ayuntamiento, 1980), de Antonio García-Baquero, Pedro Romero de Solís e Ignacio Vázquez Parladé (Fig. n.º 78), o en la obra colectiva *Las Ventas. 50 años de corridas* (Madrid, Diputación Provincial, 1981). Asimismo prevalecen enfoques apoyados en nuevos métodos de análisis en el volumen *Arte y Tauromaquia* (Madrid, Turner, 1983), en el que se recogen las conferencias pronunciadas en un seminario sobre dicho tema organizado por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y que tuvo lugar en 1982 en Santander.

La incidencia de la tauromaquia en el mundo de la pintura y del grabado ha sido puesta de relieve en diversos estu-

dios contenidos en las obras enciclopédicas aludidas anteriormente. Se inicia en la actualidad, la publicación de obras independientes que acotan tema tan rico en material y sugerencias. De momento continúan siendo excelentes fuentes los catálogos editados con motivo de las exposiciones celebradas, como



Fig. nº 78.—“Sevilla y la fiesta de Toros” (García-Baquero et alii, 1980).

El arte en la tauromaquia (Madrid, 1918) o el perteneciente al Museo Taurino de Arte de Lima, de Fernando Berckemeyer, titulado *El arte y los toros* (México, 1966) y, más recientemente, los catálogos de las exposiciones de estampas *El Siglo de Oro de la Tauromaquia* (Madrid, Comunidad de Madrid, 1987) (Fig. n.º 79), *Tauromaquias (De Goya a Belmonte)* (Madrid, Banco de Bilbao, 1988) y *Picasso: los Minotauros (Suite*

Vollard) (Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, 1992) (Fig. n.º 80) y de pintura como el editado por el Banco de Bilbao *Toros y Toreros en la Pintura española* (Sevilla, 1984). De autores emblemáticos, ya sean pintores o fotógrafos, se empiezan, asimismo, a editar catálogos de obra taurina como



Fig. nº 79.—Catálogo de la exposición "El Siglo de Oro de la Tauromaquia" (Apud.: Carrete y Martínez Novillo, 1989: portada).

ha sido el caso con el inigualable *Goya, Toros y Toreros* (Madrid, Ministerio de Cultura-Comunidad Autónoma, 1990) (Fig. n.º 81), del colombiano Botero, *La Corrida* (Sevilla, Fundación Focus, 1992) o la de los fotógrafos taurinos *Baldome-ro & Aguayo* precedido de una interesante introducción de A. Martínez Novillo (Madrid, Turner, 1991). Sin olvidar el espléndido catálogo que ha publicado la Junta de Andalucía de la Exposición sobre las arquitecturas de *Las Plazas de Toros de España* (Sevilla, 1992). Existe, actualmente un interés renovado por estos edificios como lo prueba la edición de Fátima

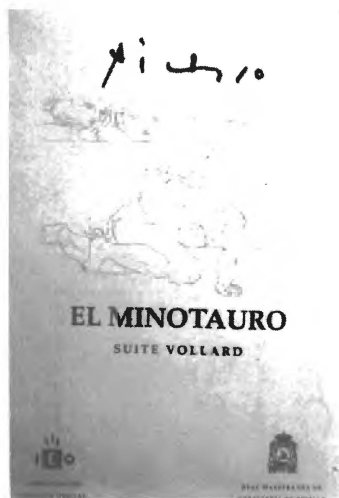


Fig. nº 80.—Catálogo de la exposición “Picasso y los Minotauros” (Apud.: Romero de Solís, 1992: portada).



Fig. nº 81.—Catálogo de la exposición: “Goya: toros y toreros” (Apud.: Gasier, 1990: portada).



Fig. nº 82.—La Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla (Apud.: Halcón, 1990: sobrecubierta).



Fig. nº 83.—El “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías” (García Lorca, 1982: portada interior).

Halcón sobre *La Plaza de toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla* (Madrid, El Viso, 1990) (Fig. n.º 82). Si magnífica como pieza bibliográfica y de consulta pudo resultar el volumen *Estampa de toros* de Pedro Vindel (Madrid, 1931) hoy, sin embargo, resultan muy valiosos los bien ilustrados libros de Alvaro Martínez Novillo *El pintor y la tauromaquia* (Madrid, Turner, 1988), y José Luis Morales *Los toros en el Arte* (Madrid, Espasa-Calpe, 1984).

La poesía española se presenta tan deudora temáticamente de la fiesta de los toros que es difícil elegir referencias aunque sean muy selectivas. Hay autores con volúmenes íntegros dedicados al mundo de la tauromaquia como Fernando Villalón con *La toriada* (Málaga, Litoral, 1980) o Gerardo Diego con *La suerte o la muerte* (Madrid, 1963), y otros sólo con poemas, como García Lorca, que alcanza una calidad inaccesible en su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (edición facsímil, Santander, Diputación de Cantabria, 1982) (Fig. n.º 83), mostraron uno de los mejores logros de toda su producción. José María de Cossío, tentado por esa influencia, dedicó dos volúmenes al estudio de *Los toros en la poesía castellana* (Madrid, 1931) para más tarde preparar una edición antológica más asequible (Madrid, Espasa-Calpe, 1959). Antologías también figuran tras los títulos de las obras de Mariano Roldán *Poesía hispánica del toro* (Madrid, Escélicer, 1970) y Rafael Montesinos *Poesía taurina contemporánea* (Barcelona, RM, 1960).

El casticismo de los ambientes, la fuerza dramática de las situaciones que envuelven el mundo de los toros, el papel que como arquetipos de una cierta realización —o fracaso— social han desempeñado los diestros, todo ello ha llegado a trasvasar al campo de la narrativa múltiples intrigas y tramas extraídas del costumbrismo taurino. Más de doscientos títulos acreditan este impacto de la tauromaquia en los argumentos de la novelesca castellana y extranjera. En algunos casos ha prevalecido la fidelidad ambiental sobre la coherencia de la trama o la ca-

lidad literaria; en otros el desequilibrio es de orden inverso, pero de todas formas algunos títulos han quedado como modélicos tanto desde una perspectiva literaria como por su hábil recreación del mundo taurino. En unos autores la novela se convierte en pretexto para mostrar el irracionalismo de la fiesta; en



Fig. nº 84.—Una de las múltiples ediciones de "Currito de la Cruz" (Apud.: Pérez Lugín, 1942: II, portada).

otros, la fiesta encubre una serie de símbolos donde todo un pueblo se juega su propio destino. Entre aquellas obras que mantienen una intriga casi globalmente taurina pueden resaltar-se *Las águilas (De la vida del toreo)* de López Pinillos Parmeno (Madrid, 1911); *Sangre y arena* de Blasco Ibáñez (Valencia, 1908); *El torero Caracho* de Ramón Gómez de la Serna (Ma-

drid, 1930); *Oro, seda, sangre y sol* de Hoyos y Vinent (Madrid, 1914); *La mujer, el torero y el toro* de Alberto Insúa (Madrid, 1926); *Los clarines del miedo* de Angel María de Lera (Barcelona, Destino, 1958); *El picador Veneno y otras novelas* de Eugenio Noel (Barcelona, s. a.); *Currito de la Cruz* de Pé-

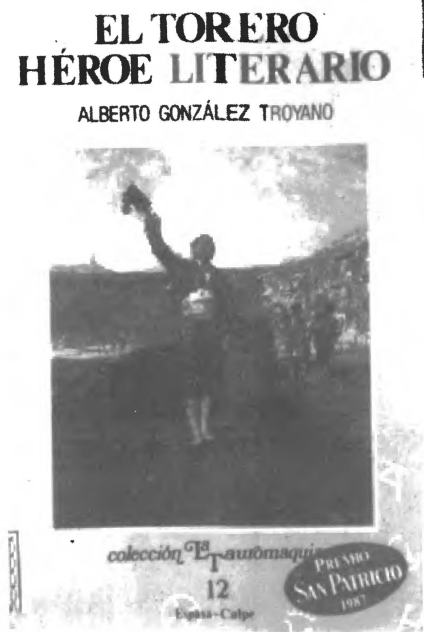


Fig. nº 85.—“El torero, héroe literario” (Apud.: González Troyano, 1988: portada).

rez Luján (Madrid, 1921) (Fig. n.º 84); *La última corrida* de Elena Quiroga (Barcelona, Noguer, 1958 y *El embrujo de Sevilla* de Carlos Reyles (Madrid, Espasa-Calpe, 1941). Finalmente, un estudio general de toda la novelística publicada en torno a las fiestas de toros se puede encontrar en el ensayo *El torero héroe literario* (Madrid, Espasa-Calpe, 1988) (Fig. n.º 85).